

La Voz distribuirá mañana la bolsa de Jabón Lagarto



Los lectores que la compren recibirán también una pastilla de la marca centenaria

F. S. REDACCIÓN / LA VOZ

Si en España hay un jabón con apellido ese es el jabón Lagarto. Los lectores de La Voz encontrarán mañana en los quioscos y librerías una nueva entrega de la colección *Bolsas llenas de historia* y, en esta ocasión, estará dedicada a esta firma centenaria. Por un euro y el cupón del lomo del periódico se podrá adquirir esta bolsa estilo retro que reproduce un cartel publicitario diseñado por el artista gráfico Pedro Antequera Azpiri. Además, la promoción incluye una pastilla de la marca.

La empresa que lanzó al mercado el jabón Lagarto fue fundada en 1860 en San Sebastián por Juan Lizarrutury y José Antonio Rezola. El producto estrella de La Providencia ha encontrado su sitio en miles de hogares e incluso ha llegado a convertirse en pieza de museo. Precisamente en el de San Telmo, en la ciudad donostiarra, se exhibe una pastilla de los años sesenta en la colección de Etnografía junto a ganchos pa-



ra la hierba, antiguos moldes para quesos y cucharas y tenedores artesanales que son auténticas joyas.

En todos estos años, el Lagarto no ha parado de moverse. En los ochenta la producción se trasladó del País Vasco a Malpica, pero no a la de Galicia. Se desplazó al polígono industrial de Malpica, en Zaragoza. Pero sigue siendo inconfundible.

Extra Voz: cómo proteger a la sociedad de los pederastas

REDACCIÓN / LA VOZ

La revista Extra Voz, que se entrega mañana gratis con el periódico, lleva a su portada y primeras páginas un amplio reportaje sobre la captura del pederasta de Ciudad Lineal. Los expertos opinan sobre el tratamiento jurídico y médico a este tipo de delinquentes, muy peligrosos y con alto grado de reincidencia. El magazine dominical de La Voz también ofrece una entrevista a Mayra Gómez Kemp, la que fuera famosa presentadora del *Un dos, tres...*, que acaba de publicar un libro en el que repasa su vida. Extra Voz se ocupa de las últimas novedades del Salón del Automóvil de París; y ofrece un completo



reportaje sobre el abuso de los ansiolíticos y antidepresivos. Las páginas de crónica social, con las firmas de Josemi Rodríguez Seiro y Pablo Portabales, completan la revista.

EL ZAGUÁN DEL SÁBADO Doktor Pseudonimus

Sobre bolas, juegos y palabras

«Aun por venir era hora de yantar

Sallienne los donzelles fuera a deportar,

Comenzaron luego la pello-ta a jugar»

Libro de Apolonio, hacia 1250

Fue hace apenas unos días. En *O Miradoiro da ciencia* Jorge Mira, catedrático de Electromagnetismo en la USC, daba cuenta de un estudio sobre el fútbol. Y resaltaba dos cuestiones. La primera era que el fútbol representa el 1,5% del PIB español. La segunda era que los autores del estudio achacaban el éxito del fútbol como fenómeno de masas al carácter impredecible de sus resultados. Que, por poner un ejemplo, la Real Sociedad pueda golear al Real Madrid o que el Deportivo haya podido eliminar al Millán superando un previo 4-1 en contra. Esa sería entonces la cuestión: ¿qué es lo que hace que eso sea posible? Como siempre ocurre conviene

iniciar la indagación haciendo una breve excursión por el lenguaje. Y resulta que llamamos jugadores a quienes practican el fútbol, el baloncesto, el hockey o el golf. Pero no lo decimos de quienes corren maratones, levantan pesas, lanzan jabalinas, bracean en piscinas o pedalean bicicletas. Todos hacen deporte, todos son deportistas, pero unos juegan y otros no. ¿Y de dónde les vendrá esa distinción? Ahí les va

una hipótesis: son juegos aquellos deportes en los que además del esfuerzo y la destreza interviene en mayor o menor medida una dosis de azar. Aquellos en los que, al menos en algunas ocasiones, el triunfo puede deberse al hecho de haber tenido «suerte». Si se admite la hipótesis ahora habrá que preguntarse: ¿cómo puede introducirse el azar en un deporte sin que se note demasiado? No, claro está, en su reglamento. El reglamento está hecho para que siempre ganen quienes lo merecen. Es lo más justo pero si siempre fuese así el espectáculo resultaría muy aburrido. Algo hay que hacer para que siempre pueda saltar la sorpresa, y mantenerse la ilusión. Volvemos al lenguaje: foot-ball, basket-ball, base-ball. Siempre una bola. Bola grande cuando se maneja con los pies —fútbol, rugby— o con las manos: baloncesto, waterpolo, voleibol. Bola pequeña cuando se golpea con un instrumento: tenis, hockey, golf, ping-pong. Resulta pues que llamamos juegos a

aquellos deportes en los que anda por medio brincando y rebotando una bola. La bola. Esa fue la gran invención para introducir en el deporte una dosis de azar que haga posible la emoción de la sorpresa. Recuerden *Match Point*, de Woody Allen. Aquella pelota en la cresta de la red dudando entre caer de un lado o del otro... Bien mirado no deberíamos extrañarnos demasiado. Porque si exceptuamos a los seres vivos no hay en toda la naturaleza un objeto cuyo comportamiento sea más difícil de predecir que el de una bola en movimiento. Tanto es así

palabras. Vean como ejemplo lo que ocurre con el término deporte. Deporte es una clonación del inglés *sport*. Como casi todo el vocabulario deportivo de la modernidad. *Sport* nos llega desde la Gran Bretaña de mediados del siglo XIX. Es entonces cuando el genio anglosajón redescubre la capacidad educadora del esfuerzo corporal y de la competición. Lo sabían los griegos y ahí están los Gimnasios o los Juegos en Olimpia o en Corinto. Pero son los *colleges* y las universidades inglesas los que los reinventan y los adaptan a

las necesidades y valores de la sociedad nacida de la primera revolución industrial. Los cachorros de la clase dirigente del Imperio forjaron su carácter y enduccionaron sus músculos en los campos de Eton, Oxford o Cambridge. La dureza del esfuerzo físico, la ética del *fair play* y esa aura de distinción que siempre adorna a lo superfluo frente a lo que solo existe por ser útil o absolutamente necesario. Eso fue el *Sport*. El anglicismo pronto hizo fortuna en castellano. Ser un *sportman* tenía glamour. Sonaba a moderno, a chic. Alguien diría hoy que funcionaba como *trendic topic*.

Siempre pensé que la voz deporte



ILUSTRACIÓN PILAR CANICOBA

que cuando queremos convocar al azar en estado puro recurrimos a hacer rodar una bola. Es lo que ocurre en el juego de la lotería y en el de la ruleta. Después de dar vueltas y más vueltas en el bombo nadie puede predecir qué bola será la que encontrará la salida. Como tampoco podemos predecir la casilla en que acabará deteniéndose la bola puesta en movimiento por los dedos del crupier. Llegados a este punto algún lector podrá objetar: ¿y los dados? Porque los dados no son bolas y sin embargo son el símbolo más frecuente del azar. Los dados son cuadrados pero ruedan. Funcionan como bolas pero si lo fuesen realmente se saldrían de la mesa. Pero se admite la objeción que nos lleva a otra excursión por el lenguaje. Porque resulta que al juego de los dados los romanos le llamaron *Alea* y de ahí viene aleatorio. Y a la cara del dado los árabes le llamaron *Zahr*, de donde pasó al romance francés como *hasard*, azar.

Pero no sólo botan y rebotan las bolas. También lo hacen las

fue un neologismo inventado para echar a *sport* fuera de la lengua. Algo similar al intento fallido de llamar balompié a lo que se siguió llamando fútbol. Pero ahora me entero que el verbo deportarse ya está en Berceo significando divertirse, y que a mediados del siglo XIII el *Libro de Apolonio* nos cuenta que justo antes de comer unos *donzelles* salieron de las afueras de la ciudad para «deportarse» jugando a la *pello-ta*. También la lengua hace deporte. Las palabras son las bolas con las que juega, sorprende y se divierte. Un juego que también a nosotros nos ilustra, divierte y enriquece.

N.B. Sobre el hecho de que el fútbol constituya el 1,5% del Producto Interior Bruto, advertiré al lector que esa expresión es un tecnicismo. En el que el adjetivo bruto no tiene mucho que ver con el verbo embrutecer. Pero habrá que andarse con cuidado porque en la mutación de *sport* en deporte no sólo se cambian unas pocas letras. También lo hicieron estilos, costumbres y valores y nunca se sabe dónde una mutación se detiene.